Te he constituido rey, dice á Cristo el Salmista, en nombre de su Eterno Padre (Ps. II, 6). Reina, por tanto, tiene que ser su divina Madre, aun si miramos sólo al derecho natural, y tenemos en cuenta que ella, lo mismo que Jesucristo según la carne, descendía de David y de otros muchos reyes y príncipes.

Pero no sólo es Jesucristo Rey de la tierra, ni sólo reina de la tierra es por consiguiente su Madre Santísima. La madre de un soberano, como deduce San Atanasio, necesariamente es soberana; y María, en su calidad de madre de Cristo, tiene que partir con él el derecho de imperar y de reinar. En el cielo (dice el Abad Ruperto) María es reina de los ángeles y de los santos; en la tierra es reina de todos los reinos, emperatriz de todos los imperios, soberana de todas las naciones. Todas las creaturas, enseña San Bernardo, sea cual fuere su naturaleza y su rango en la creación, ya sean puros espíritus como los ángeles, ya sean entes racionales como los hombres, ya sean seres materiales como los elementos y los cielos, tienen que obedecer á la gloriosa Virgen. Sí, cuanto está sujeto á la dominación de Dios, está igualmente sujeto á la dominación de María.

Y no sólo por herencia pacífica le corresponden tan gloriosos dominios. Cristo fué un verdadero lidiador, un guerrero triunfante, un conquistador invicto, que venció al demonio, al mundo, al pecado, á la muerte y al infierno. Despojó de sus armas, dice San Pablo, á los principados y potestades, y á la faz del universo los llevó en triunfo lleno de confianza atados á su carro triunfal, después de haberlos debelado con su propia mano (Colos. II, 15). Estas inestimables conquistas fueron puestas á los pies de su regia Madre por el celeste Conquistador. Esos imperios que rescató con la preciosa sangre que le suministrara María, los puso Cristo bajo

el dominio de Aquella que tanto contribuyera al glorioso rescate.

De justicia se le deben, por tanto, las insignias de la regia dignidad. No le damos por cierto el derecho de reinar sobre nuestras almas y sobre el universo, al colocar sobre su imagen áurea corona. Reconocemos, sí, su soberano dominio, la aclamamos nuestra Reina y Señora, unimos nuestra voz á la de San Efrén, que la llama Soberana Princesa, Excelsa Reina, siempre bendita, la más pura de todas las princesas; á la de San Gregorio de Nazianzo y de San Antonino, que la apellidan Reina Soberana y único bien del género humano, Emperatriz y Reina del mundo; y á la de todos los Santos Padres y de la Iglesia en general, eligiendo libre y espontáneamente, á la que ya es reina por derecho natural y divino, por herencia y conquista. El Sumo Pontífice, al decretar los honores de la coronación á su sagrada efigie, hace, por decirlo así, las veces del Señor, que la coronó en los cielos el día de su Asunción, y por medio de ritos y ceremonias visibles, nos recuerda la sumisión y agradecimiento, la obediencia y veneración que debemos á tan augusta Señora.

Y notad que no á todas las imágenes se decretan tales honores. Es preciso que la efigie coronada sea notable por su antigüedad, por el concurso de fieles que acuden á venerarla, por las gracias que ha dispensado la Señora por ella representada á los fieles que delante de ella han doblado la rodilla. Con estos títulos, ya el supremo Jerarca declara á la Reina del universo, reina especial de aquel pueblo que ha elegido y santificado.

Reina vuestra y madre verdadera de misericordia se ha mostrado la Virgen hoy coronada, ¡oh afortunados habitantes de Jacona! Según los informes fidedignos

que de todas partes he oido, vuestros adelantos morales han sido incalculables en los últimos años. El demonio de la discordia y de la lascivia ha huido lejos de estas verdes praderas; el espíritu de piedad y de pureza ha plantado aquí sus benditas tiendas. Si he de fiarme de mis ojos, ellos me revelan que grandes cosas se han obrado en vuestro suelo. Veo dos santuarios restaurados y embellecidos. Contemplo un edificio en que doncellas cristianas, resguardadas de peligros exteriores, se entregan al servicio de Dios y á las más rudas faenas, al mismo tiempo que á las labores delicadas de su sexo. Miro una de vuestras antiguas casas transformada en asilo de la orfandad y de la niñez desvalida. Más allá se me presenta otra gran residencia, en que celosos sacerdotes llenos de abnegación, y con el pecho cerrado á aspiraciones mundanas, se dedican á guiar á la juventud por la senda de la piedad y de la ciencia. Entretanto, el ruido del ferrocarril que os une á la vecina Zamora, y que para usos piadosos construyeron manos piadosas, manifiesta al mundo que del Señor son todos los elementos, y que la Iglesia de todos se aprovecha para dar gloria á Dios y dilatar su reinado. ¿Y á quién se deben todos estos favores sino á la Virgen vuestra protectora, á la augusta Reina que veneráis bajo la advocación de la Esperanza? ¡Ah! Bien se le debe la corona que le ha enviado el Pontífice, y que á nombre del Supremo Jerarca pone sobre sus sienes el hijo más ilustre de este pueblo, el más alto dignatario de la Iglesia de México.

Si el Sumo Pontífice le decreta corona de reina, otra clase de coronas le ofrece nuestra gratitud. Os hablaba hace poco de aquella paz que el Emperador Augusto dió al mundo sujeto á su cetro, y por la cual recibió la ambicionada corona cívica. No olvidéis que esa paz general fué admirablemente ordenada por la Providencia, para que, cumpliéndose las profecías, se verificase mientras ella cubría la tierra con su benéfica influencia, el nacimiento del Mesías. María fué, por tanto, la que decretó esta paz providencial al pronunciar aquel *fiat*, que trajo á su seno virginal al Verbo Divino, y á ella se debe más que á César Augusto la *quercus civica*. Ella que una y mil veces ha salvado la vida temporal y la eterna á sus devotos, merece más que el Emperador Romano la honorífica inscripción: *ob servatos cives*. Ella, cuyas palabras, más elocuentes que las de Marco Tulio, han librado no sólo una vez sino muchas á toda la República cristiana de la ruina con que la amenazaba la serpiente infernal, ó de los castigos con que iba á afligirla un Dios justamente indignado; Ella, más que el príncipe de los oradores, es acreedora á la guirnalda de encina que ciñó las sienes del gran Cicerón. Recibe, por tanto, oh Reina y madre nuestra, la corona cívica que te ofrecemos; y ya que no en mármoles ni medallas de bronce, sabe que en nuestros corazones ha grabado la gratitud la indeleble inscripción: *ob cives servatos, ob servatos fideles.*

¡Pecadores que me escucháis! Hoy, que convertidos ya de veras al Señor vuestro Dios, habéis roto las cadenas que al pecado os ligaban, bien podéis, con provecho vuestro, lanzar una ojeada retrospectiva á la época infausta en que las potestades infernales tuvieron sitiada la fortaleza de vuestra alma. ¡Oh qué asaltos por fuera, qué temores por dentro; *foris pugnae, intus augustiae!*

En vano pretendíais hacer siquiera una salida: Satanás os relegaba de nuevo á vuestros cuarteles, y os ataba con lazos todavía más fuertes. Os acaecía lo que al cansado nadador, que mientras más esfuerzos hace por salir del fondo cenagoso de la laguna en que se ahoga,

más y más se sumerge en el fango homicida. Los contrafosos de la usura, las estacadas de la lujuria, os ceñían con terrible círculo de hierro, y parecía imposible romper un bloqueo en que las huestes diabólicas tan empeñadas se hallaban. Recurristeis, por fin, á María, y ella, rompiendo el sitio, os salvó de muerte segura y relegó los ejércitos de las tinieblas á su oscura caverna. ¡Virgen de la Santa Esperanza! A nombre de los pecadores agradecidos ceñimos hoy tu frente con la antigua corona obsidional, que mereces infinitamente más que los afortunados caudillos que libertaban alguna plaza sitiada por enemigos terrenos.

No ignoráis el triste estado que este Mundo, ahora Nuevo, entonces desconocido, guardaba hace 400 años. La idolatría más espantosa, los crímenes más horribles, el espíritu más sanguinario que imaginarse pueda, dominaban absolutos sobre este vasto continente; y mientras más transcurrían los días, más aumentaba la impiedad, más crecían los horrores, más aseguraba Satanás su ominoso reinado. ¿Quién guió hasta nuestro ignorado suelo las naves de Colón? ¿Quién desembarcó antes que nadie, pintada en glorioso estandarte, en estas remotas regiones? ¿Qué figura descollaba sobre todas en los ejércitos de Cortés y de Pizarro? ¿Quién tomó primero posesión verdadera de estos reductos del Demonio? ¿Quién conquistó de veras á la fe y á la civilización estas hermosas tierras? Vuestros labios murmuran por lo bajo el nombre de María. Recibe ¡oh Reina nuestra! las coronas navales, la corona mural y la castrense que más que el Descubridor de este Mundo, más que los conquistadores de México y del Cuzco, merecen tus altísimas victorias.

Aún falta, oh Virgen de la Esperanza, otra corona, que no sobre tus sienes, sino á tus pies, colocaremos

tus humildes siervos. Ya ostentas la diadema con que, por medio de su benemérito Delegado, te ha ceñido el Pontífice Supremo, símbolo de la dignidad sublime de Reina y Emperatriz del universo, y en especial de este tu pueblo predilecto. Ya te hemos ofrecido la guirnalda de encina que como á salvadora de tus devotos te compete. Ya luce en tu frente la *graminea obsidionalis*, que á nombre de los pecadores cuyas almas libertaste de estrecho cerco, te hemos presentado agradecidos. Ya aceptaste las demás coronas que, á imitación de los antiguos Romanos, te han decretado las Américas, como á suprema almiranta y conquistadora. Aún falta una corona, y te la ofrece, no á nombre del Pontífice, sino á nombre suyo propio, el venerado Metropolitano de México. Es su corona triunfal.

Bien ha combatido el anciano atleta; y aunque á veces entretejidas de espinas, ha ganado una tras otra verdes coronas, que hoy su cansado brazo viene á deponer á tus plantas, formando una sola que bien envidiarían Julio César y el mismo vencedor de Lepanto. En todos los campos ha lidiado, en todos terrenos ha luchado, y siempre ha defendido á la Iglesia y salido vencedor aun en los momentos en que parecía vencido. Mientras fué tiempo de luchar á brazo partido, ninguno le igualó en la descomunal contienda: cuando los intereses de la Iglesia exigieron prudente retirada, imitó sin vacilar al célebre Contemporizador romano, y como Fabio Máximo, *cunctando restituit*. A su tacto, á sus finos manejos, á su diplomacia, debe la abatida Iglesia mexicana la paz comparativa de que disfruta.

Permitidme que haga resaltar por un momento uno de los florones de su verde corona. Cuando, inicuamente expatriado, se figuraban los enemigos suyos y de Cristo que comería ocioso el pan del destierro, él tra-

bajaba con más ardor que nunca por la dilatación del Reino de Dios y por la prosperidad de la patria. Por él principalmente inducido, el Santo Pontífice Pío IX multiplicó los obispados de nuestra República. Los dedos del desterrado Pastor señalaron al Supremo Jerarca las demarcaciones de las nuevas diócesis, y las ciudades en que habían de fijarse sedes episcopales. Entre estas había una que, ni por su posición geográfica, ni por su categoría política, ni por su importancia comercial, parecía destinada á tan alto honor, y en que otros ojos no se habrían fijado de cierto. Pero era el lugar de su nacimiento, era su pueblo querido, y quiso darle el rango espiritual y la prosperidad material, que sólo en su mano estaba conferirle en ese instante.

Bien has hecho, oh Zamora, en salir al encuentro de tu hijo más ilustre y en conducirlo en triunfo á tu engalanado recinto. Veintitres años han pasado, y ya puedes ver los inmensos resultados de sus incalculables beneficios. Por él te rige un Obispo que reside dentro tus muros, y que se ha rodeado de la brillante pléyade de sacerdotes que tan egregiamente han mostrado esta vez su gratitud. Por él se elevan las paredes de tu seminario, se han embellecido tus templos y se ha duplicado tu riqueza. Por él, en este pueblo de Jacona, tan cercano á la Capital de la diócesi que no es en realidad sino un miembro estrechamente unido á aquella cabeza, por él (y muy directamente) se han fundado estos soberbios planteles que tanto contribuyen á la gloria de Dios y á la prosperidad de estos contornos.

Hoy el cansado lidiador viene á ofrecer su triunfal corona á la Virgen de la Esperanza. Acéptala, oh Reina, y cubre con el manto de tu protección al Sumo Pontífice que lo ha enviado á coronarte, al mismo venerable Delegado, que del lecho del dolor se ha levan-

tado para cumplir con su augusta misión, al benemérito sacerdote á quien se debe el incremento espiritual y temporal de este tu pueblo; á todos, en, fin los que aquí congregados cantamos tus loores y te proclamamos coronada Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra.

ASÍ SEA.